INTRODUCCIÓN

No importa cuántos datos y documentos se acumulen y se consulten, cuántas cartas se lean y personas se entrevisten, es imposible conocer en profundidad vida alguna; siempre existirán secretos y conjeturas que harán ese conocimiento incompleto.

La vida de José Antonio Balseiro no es una excepción. Nos hemos esforzado por documentar fechas, hechos y lugares, tratando de ser fieles a los múltiples testimonios que recibimos y a la documentación que consultamos. Así y todo, somos conscientes de que lo que presentamos no es una visión objetiva de la vida de este hombre, cuya compleja personalidad y el rango de sus ideas hicieron que fuera querido por muchos y criticado por algunos, pero que cambió para siempre la enseñanza de la física en la Argentina, realizando un aporte que es citado como ejemplo para las organizaciones de educación superior.

Fue considerado por muchos de sus contemporáneos un científico con un futuro brillante. Se lo recuerda como un funcionario con un alto grado de dedicación y como un ser humano en quien las virtudes trascendían los defectos.

En el ápice de su carrera, las fotos lo muestran excedido de peso, de estatura mediana, de facciones que delatan su ascendencia española: tez blanca, ojos negros de mirada intensa, cabello ralo y oscuro.

Tenía una mente rápida, capaz de inspirar, persuadir y estimular. Su inteligencia era sólida y profunda, era perseverante y tenaz, y dueño de una laboriosidad incomparable. Su poder de seducción y la fuerza de su personalidad, escondidos detrás de una cierta timidez, lo convertían en un hábil conductor y negociador. Algunos de sus alumnos recuerdan que luego de una conversación en su despacho, al cual habían ingresado con una posición cuidadosamente pensada y dispuestos a defenderla a rajatabla, habían terminado siendo disuadidos de la idea original y persuadidos de llevar adelante un trabajo en el que en verdad tenían poco interés a pesar de reconocer que se ajustaba mejor a un proyecto global.

Podía ser extremadamente considerado y generoso, respetaba el trabajo serio y honesto aun de los menos brillantes, pero era intolerante con la tontería y la arrogancia. Venía de un hogar donde los valores más apreciados eran la honestidad, la integridad y la ética. Balseiro no hacía nada a medias; habiéndose criado sin formación religiosa, cuando en la adolescencia se despertó su fe, se entregó a ella de lleno, arrastró a sus hermanas más jóvenes y se convirtió en un católico practicante.

Era un hombre de múltiples intereses. Lo apasionaba la música a un punto tal que él mismo declaraba que, de no haber seguido una carrera científica, hubiera sido esa su vocación; también tenía una especial habilidad para el dibujo. Era dueño de una amplia cultura y hablaba con deleite sobre filosofía, arte o historia bíblica. La formación científica de los jóvenes, y por ende la vida universitaria, era una de sus mayores preocupaciones.

Nació en Córdoba el 29 de marzo de 1919; cursó sus estudios primarios y secundarios en esa ciudad, y concurrió a las aulas del afamado Colegio Monserrat, en el que adquirió una sólida formación humanista. Sus compañeros lo recuerdan como un alumno destacado, generoso en compartir sus conocimientos y siempre dispuesto a brindar ayuda. En los últimos años de sus estudios secundarios se interesó por temas científicos y filosóficos, promoviendo discusiones con sus compañeros que, en el recuerdo de algunos, eran muchas veces más interesantes que las clases mismas.

Estudió física en la Universidad de La Plata con una beca otorgada por la Universidad de Córdoba; completó sus estudios en 1944 con una tesis doctoral en física experimental. Luego tendría el privilegio de ser admitido en un cargo en el Observatorio Nacional, en su provincia, para hacer lo que hoy llamaríamos una pasantía posdoctoral, bajo la dirección de Guido Beck. Este profesor austríaco, que había llegado a la Argentina un año antes y se había instalado en el Observatorio, traía las últimas novedades de la física en Europa. Él fue quien se preocupó por difundirlas en la Argentina, en particular entre los jóvenes que habían recibido de sus maestros una visión estática de la ciencia, fruto de su divorcio de la investigación. Su presencia en el Observatorio de Córdoba, sumada a la dinámica personalidad del director de este, Enrique Gaviola, convirtieron a esa institución en un lugar de visita obligada para aquellos jóvenes interesados en la investigación científica.

Balseiro recibió, durante su estadía en Córdoba, la formación que en realidad no había recibido en su paso por las aulas de La Plata. El vínculo que estableció

con Guido Beck sobrepasó la convencional relación entre maestro y discípulo; la cálida personalidad del maestro, que lo llevaba a desarrollar actitudes paternales hacia sus alumnos, sintonizó rápidamente con Balseiro. Su inteligencia y su mente ávida de conocimientos recibieron del profesor austríaco los elementos necesarios para que, al poco tiempo, dominara las técnicas de la física teórica de la época. Esta relación también amplió los horizontes y enriqueció su personalidad, ya que Beck traía consigo no sólo sus conocimientos de física, sino también la riqueza de la cultura académica europea y la vivencia directa de los sufrimientos de la guerra; esto lo reconocía el mismo Balseiro en una carta: «Ud., de quien aprendí más que física».

En 1947, Balseiro regresa a La Plata como profesor y se hace cargo de varios cursos, mientras continúa sus trabajos de investigación y mantiene una fluida correspondencia con Beck. Este regreso a su *alma mater* estaba fundado en el interés por la vida universitaria y también fuertemente motivado por la presencia en La Plata de quien un año más tarde se convertiría en su esposa: María Mercedes Cueto, *Covita*. Esta es la historia de un hombre cuyos éxitos estuvieron íntimamente ligados al apoyo de esa extraordinaria mujer.

Para los físicos de su generación, perfeccionarse significaba realizar un peregrinaje a Europa. El suyo lo llevó a la Universidad de Manchester, en Inglaterra, que había sido el bastión de muchos de los físicos famosos y que en sus tiempos todavía conservaba parte de ese esplendor. Sin embargo, no existía en la Argentina de esos años una institución oficial a la que se pudiera recurrir en busca de apoyo. La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (AAPPC), dirigida por Bernardo Houssay, era una organización privada que con apoyo oficial venía otorgando becas desde su fundación, en 1934. Aunque la AAPPC le otorgó una, esta nunca se hizo efectiva por dificultades para concretar la entrega de los fondos. Después de varios intentos con otras instituciones, finalmente, en 1950, ya casado, recibió una magra beca del Consejo Británico.

Los años en Inglaterra fueron duros. A lo modesto de su estipendio se sumaban las dificultades de un país que no se había sobrepuesto totalmente a los estragos de la guerra. Los alimentos y los combustibles estaban racionados, y Balseiro se veía forzado a intercambiar la comida enlatada que recibía por encomienda desde la Argentina por vales de carbón, necesario para combatir el frío. Aceptó el sacrificio de la separación de su familia, las dificultades económicas y el desarraigo, consciente de que su formación profesional dependía de cuán bien aprovechara esa estadía. Siempre vio en ella una oportunidad para hacer una contribución importante al desarrollo de su país. Sus cartas desde Inglaterra revelan que la Argentina y, más específicamente, la universidad argentina estaban constantemente en sus pensamientos.

A su regreso, en 1952, tuvo un papel central en la comisión investigadora formada para decidir sobre el futuro del Proyecto Huemul, iniciado cuatro años antes y que había llevado al presidente de la Nación a hacer espectaculares anuncios sobre la capacidad argentina para producir energía por medio de la

fusión nuclear. Como resultado de la actuación de esa comisión, y en gran medida debido al meduloso informe de Balseiro, el Gobierno decidió cancelar el proyecto.

Entre 1952 y 1955 alternó su desempeño en la Universidad de Buenos Aires (UBA) con su trabajo en la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). La carga docente que mantuvo durante esos años muestra una vez más su vocación por la formación de discípulos y su preocupación por la vida universitaria. Su vinculación con las dos instituciones lo llevaban a tratar de canalizar aportes de la CNEA para paliar la crítica situación de la UBA en ese momento.

El empuje con que venían desarrollándose las actividades de la CNEA y la visión de sus directivos dieron el marco propicio para que en mayo de 1955 se firmara el acuerdo con la UNCUYO que dio origen al Instituto de Física de San Carlos de Bariloche, bajo la dirección de Balseiro. A su gestión bien pueden aplicarse las palabras que Joaquín V. González pronunció en la presentación de su proyecto de creación de la Universidad de La Plata, en 1905:

> Todo el carácter de la institución se definirá al principio: y su vitalidad colectiva, su ambiente social y externo de que tanto habrá menester para prosperar, se formarán en gran medida, alrededor de la persona que sea llamada a presidir la primera época, la de formación de iniciativas y de las más arriesgadas experiencias.

Desde el comienzo, y durante los más de seis años de gestión, su actividad no se limitó solamente a la labor docente –se hizo cargo de todos los cursos de física teórica que estaban a su alcance–, sino que también se ocupó del diseño de los proyectos de investigación y dedicó muchas horas a gestionar el apoyo de organismos nacionales e internacionales a fin de concretar estadías de profesores invitados y de expertos extranjeros. Se vio obligado a relegar sus trabajos de investigación para concentrar sus esfuerzos en la tarea administrativa y en la energía creativa que invertía en sus clases y en sus alumnos. Sin embargo, sus contribuciones científicas se destacan por su calidad y originalidad. Además, los temas de trabajo que les sugirió en su momento a sus alumnos cubren un amplio espectro de intereses dentro de la física teórica, que abarcaban la física nuclear, la electrodinámica clásica y cuántica, la física molecular y la teoría de la difusión. Era un brillante expositor, y sus clases, dictadas generalmente sin ayuda memoria, apenas dejaban entrever la enorme carga que llevaba sobre sus hombros. La relación que establecía con sus estudiantes fue siempre fuera de lo común: era el maestro que, ocasionalmente, al contestar el timbre de la casa, se encontraba con un alumno que solicitaba consejo frente a una encrucijada sentimental. Cuando los primeros egresados, con su ayuda y su asesoramiento, partieron en busca de su propia especialización, mantuvo con ellos una correspondencia regular, interesándose acerca de sus avances profesionales y las novedades familiares y poniéndolos al día con los acontecimientos que se sucedían en Bariloche.

Cuando se le diagnosticó leucemia, el tratamiento de su enfermedad lo obligó a trasladarse a Buenos Aires; allí llevó a los alumnos que trabajaban con él, a quienes hospedaba en su casa para brindarles su dedicación mientras las fuerzas se lo permitían.

«Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer». Lugar común nunca tan cierto como en el caso de *Covita* Balseiro. Ella acompañó a su marido en todos los momentos de su vida, alentándolo a seguir su carrera y a asumir las responsabilidades que se le presentaban, tomando sobre sus hombros todas las cargas que las circunstancias le imponían. Durante los meses de enfermedad sumó, a las demandas del cuidado del marido convaleciente y la ansiedad por los cuatro hijos a cargo de distintos miembros de la familia, la atención de los jóvenes huéspedes. Estos, en su inexperiencia, tal vez no apreciaran entonces en todo su valor el esfuerzo que esa situación demandaba. Muchos años más tarde, uno de ellos recordaría con admiración los detalles de esa convivencia al resaltar los cuidados que, a pesar de las circunstancias, ponía *Covita* en su propia persona, dirigidos a levantar el ánimo del marido enfermo.

El legado de Balseiro es hoy el instituto que lleva su nombre, emprendimiento singular que puede ser tomado como ejemplo para otros esfuerzos que se quieran encarar hoy a fin de desarrollar centros de excelencia en otras áreas.

Al embarcamos en la tarea de redactar esta biografía nos guió el espíritu de las palabras que escribió Guido Beck con motivo de la muerte de Balseiro, acaecida el 26 de marzo de 1962:

> Conviene que sea conocida esta vida fuera de toda publicidad, pero llena de momentos dramáticos y de trabajo intenso (...)
>
> Conviene que se sepa cuánto puede lograr un solo hombre en los años que le fueron dados, cuando tiene la honestidad, la perseverancia y la formación necesarias.
>
> Y conviene que se pueda medir la gratitud que su país le debe a José Antonio Balseiro.